

## La Oración Fúnebre que a la muerte de Carlos III compuso Andrés del Corral

IRENE VALLEJO GONZÁLEZ

La oratoria sagrada a lo largo del tiempo ha gozado de grandes representantes, que nos han permitido ir comprendiendo el cultivo y la evolución de esta modalidad artística tan diferente hoy de otros tiempos. El padre Isla, a mediados del siglo XVIII, en su *Fray Gerundio de Campazas* satiriza la degeneración barroca llevada al púlpito. Esta novela refleja la honda preocupación de su autor por la pureza en la conservación de un género que se caracteriza por tener una finalidad tan importante. Estudios recientes nos enseñan cómo la práctica oratoria fue algo muy abundante y variado durante los siglos XVII y XVIII<sup>1</sup>.

El interés que puede suscitar por sí misma la oratoria sagrada, la problemática que plantea la herencia barroca llevada a la predicación y la abundancia de sermones en los siglos XVII y XVIII, considero que pueden ser suficientes razones para que me animara a analizar un sermón que, por las fechas en que fue escrito, me podría permitir conocer algunos aspectos concretos de lo que era la predicación entonces.

El autor del sermón que voy a comentar es el agustino Andrés del Corral (1748-1818). Según las noticias que de él conservamos, residía en Salamanca en 1770 en el convento de los PP. Agustinos. En 1772 continuaba formando parte de esta comunidad, a la que pertenecían también el P. Centeno, Juan Fernández de Rojas y Diego Tadeo González. Estos dos últimos destacaron como poetas y junto a ellos, bajo el nombre de «Andro-

---

<sup>1</sup> HERRERO SALGADO, F.: *Aportación bibliográfica a la Oratoria sagrada*, Madrid, C. S. I. C., DÁVILA FERNÁNDEZ, P.: *Los sermones y el Arte*, Publ. del Departamento de Arte, Valladolid, 1980.

nio» compuso el P. Corral algunos versos juveniles<sup>2</sup>. En 1777 se encuentra ya en el convento de Valladolid, donde residiría definitivamente y llegaría a ser catedrático de la Universidad. Obtuvo por oposición la cátedra de Sagrada Escritura en 1782 y la desempeñó hasta 1803, año en que se jubiló. Con anterioridad había opositado y ganado la cátedra de Filosofía Moral y también había llevado la de Instituciones teológicas. Se le otorgaron numerosos cargos y distinciones dentro y fuera del convento: Prior de San Agustín, Rector de San Gabriel, Consiliario y Diputado en la Universidad, Censor de Instituciones Teológicas, miembro de la Academia de Caballeros Anticuarios, Académico de la Purísima Concepción, etc. Sus estudios favoritos fueron, según dicen sus biógrafos, sobre Arqueología e Historia. Llegó a reunir un valioso monetario.

Una faceta muy poco tratada de este ilustre agustino es la de orador. Tengo la sospecha de que debió de ser notable; al menos esa opinión me merecen los dos discursos suyos que conozco<sup>3</sup>. En 1789 publica la *Oración fúnebre del católico y piadoso Rey Don Carlos Tercero*<sup>4</sup>. La pieza está estructurada en tres partes y otra que sirve de introducción o exordio. Este apartado inicial tiene la finalidad de preparar el ánimo de los oyentes, excitar su atención, sensibilizar al auditorio sobre el asunto que va a exponer: la dolorosa pérdida del virtuoso Rey Carlos III. A él aplicará el elogio que la Sagrada Escritura da al Rey Ezequías: «Obró bondad, rectitud, y verdad en la presencia del Señor su Dios». Esta cita es el tema del discurso, que desglosará en tres partes:

- I. Fue un Príncipe bueno, sin pusilanimidad.
- II. Un legislador recto, sin severidad.
- III. Un Monarca político, sin falsedad.

<sup>2</sup> Sobre este agustino pueden consultarse los siguientes trabajos: SANTIAGO VELA, G.: *Ensayo de una Biblioteca Ibero-americana de la Orden de San Agustín*, Madrid, 1915, vol. II, pp. 125-134; ALCOCER y MARTÍNEZ, M.: *Historia de la Universidad de Valladolid*, Bio-Bibliografías de Teólogos Notables. Valladolid, 1930, pp. 35-37; GONZÁLEZ GARCÍA-VALLADOLID, C.: *Datos para la Historia biográfica de la ciudad de Valladolid*, Valladolid, 1893, vol. I, p. 334; VALLEJO GONZÁLEZ, I.: "Los Agustinos dentro del Parnaso Salmantino dieciochesco", en *Estudio Agustiniano*, 1973, vol. VIII, p. 137-146; "Fray Diego Tadeo González", en *Archivo Agustiniano*, 1973, vol. LXI, pp. 29, 36-37, 38-40 y 45.

<sup>3</sup> Uno es la *Oración fúnebre del católico y piadoso Rey Don Carlos tercero*, dicha al Muy Noble Ayuntamiento de la Ciudad de Toro por el Mro. Fr. Andrés del Corral, Catedrático de Sagrada Escritura de la Real Universidad de Valladolid. Con licencia. En Valladolid: en casa de la Viuda e Hijos de Santander, 44 pags. s. a.

El otro discurso suyo está incluido en Actas de la Real Academia de Matemáticas y Nobles Artes, establecida en Valladolid con el título de la Purísima Concepción, y relación de los premios que distribuyó en su junta pública de 7 de diciembre de 1803. Valladolid. Imprenta de P. Miñón, s. a.

<sup>4</sup> Con esa fecha aparece esta *Oración* en el libro de HERRERO SALGADO, F.: ob. cit., página 477.

Para llevar a cabo el plan de su discurso recorrerá la vida del Monarca fallecido e irá demostrándonos que nada exagera al aplicarle el elogio tomado del texto bíblico.

Varias cuestiones me han llamado la atención en esta parte introductoria. Por un lado, cómo mueve el ánimo de los oyentes. Así vemos que empieza quejándose a Dios por las calamidades que ha sufrido nuestra Monarquía y las va enumerando, subrayando la desgracia presente como superior a todas; las adversidades pasadas han sido la preparación para recibir esta final tan dolorosa. Pide a Dios que cese de enviar desgracias y expresa sus quejas recordando al profeta Jeremías. Conviene señalar que las referencias bíblicas son constantes a lo largo del discurso.

Por otro lado, es de destacar la abundancia de repeticiones: «con que al fin», «pudieras», «murió», «tanto», etc. Estas repeticiones, hábilmente utilizadas no sólo acaparan la atención del que escucha sino que van calando hondamente en su ánimo. El orador las utiliza en aquellos momentos que más le interesa destacar.

El uso de interrogaciones retóricas y exclamaciones es un recurso que contribuye a dar movimiento al discurso, evitando la monotonía, así como las llamadas al auditorio que reflejan un deseo de estar conectado continuamente con él y acaparar su atención. Algunos ejemplos: «desconsolado auditorio», «perdonadme, señores», «ahogad en los pechos vuestros sollozos».

El vocabulario es abundante en términos que refieren dolor, tristeza y muerte: «calamidades», «sangrientos», «pedecer», «lágrimas», «aterrados», «despavoridos», «desventuras», «llantos», «luto», etc. Las comparaciones reflejan su preocupación pedagógica y también resulta más enriquecida la exposición. La sintaxis es rica y variada.

Frente a la situación penosa que padecen los que han perdido a su querido Rey, nos ofrece la figura del monarca totalmente exaltada y la equipara a grandes personajes bíblicos: «Murió el Abraham venerable, que estrechaba á Dios irritado, á que por corto numero de Justos perdonará las torpezas de unas Ciudades obscenas? Poble Pentapolis! Murió el justo Moysés, amigo de Dios, el que le ataba las manos, para que no castigára con una desolación general el Pueblo murmurador, idolatra del Becerro? Triste Israel! Murió CARLOS III DE BORBON, que con su inocencia de vida, con la piedad de su corazón y la humildad y eficacia de sus oraciones suspendía la colera del Señor sobre nosotros?».

El cuerpo del discurso comienza, tras el exordio, con la primera parte, que consideramos muy bien estructurada. Quiere demostrar en ella que el rey fue bueno, sin pusilanimidad. Valora en primer término la bondad como

virtud y considera que cuando es poseída por los Príncipes es perdurable en el corazón de sus vasallos, citando a San Agustín para abundar en esta idea. Señala la diferencia entre la bondad inerte y la bondad operosa, siendo la última la que hace temer y amar a Dios, respecto a quien es inferior y, practicar la justicia con los vasallos, respecto de quienes es Rey. Partiendo de consideraciones generales sobre la bondad llega a la concreción: la bondad en Carlos III con relación a Dios y a sus vasallos.

Una vez planteada la virtud del protagonista la pone de manifiesto a lo largo de su vida resaltando aquellos acontecimientos que evidencian una continua y constante actitud piadosa para con Dios, así como su preocupación por la religión y por el bienestar de su pueblo. Singulariza los principales hechos históricos cronológicamente: «Naciendo en vuestra Corte, que es la del Catolicismo, de vuestro Augusto Felipe V...», «...de la Religiosa y Noble casa de Borbón...», «...como de la no menos noble, y piadosa de Farnesio, abundante en Pontífices supremos». Sus padres procuraron «inspirar al Infante Carlos los sentimientos mas altos de la Religion, y procurarle sabios y virtuosos Maestros, que informarán su tierno espíritu con las maximas christianas de piedad, de devoción, y de subordinación al Ser adorable». Y ya cuando es rey, primero de Nápoles y luego de España, mostrando públicamente su piedad y devoción: «No somos testigos todos de la profunda submision con que se postraba, y postraba su corona delante de los Altares, y la Magestad suprema de su Dios, cuyo Reyno preferia á los Imperios mas vastos del Universo?». Carlos III sabía «que son compatibles el Hombre de Estado, y el de Religión, y con este conocimiento pesaba sus acciones siempre en la balanza del Santuario».

Fruto de estas ideas fueron muchas de las obras que llevó a cabo: construyó monasterios; reparó y enriqueció templos; instituyó nuevamente la Orden de la Purísima Concepción; levantó asilos; mandó predicar el Evangelio fuera de nuestras fronteras. La Religión «fue el principal cuidado de este Heroe cristiano mientras vivió, y la Religión fué el encargo principal y la herencia, que dexó a su Primogenito, y nuestro Rey en la hora de su muerte».

Seguidamente analiza la bondad del rey para con sus vasallos, ejemplificándola también con hechos históricos. Así nos dice cómo llegó al trono de España por herencia, tras los reinados de Luis I y Fernando VI, y no por la violencia; cómo entendió su situación real en función de favorecer y no de oprimir a su pueblo; que nunca apeteció lo que no le pertenecía. Habla de la incontinencia de los Príncipes como vicio reprobable y distingue, sin embargo, al rey Carlos por su virtud, recordándonos cómo cuando enviudó

de la reina María Amalia de Sajonia «vivió en castidad viudal la mayor parte del tiempo, que reinó».

Las numerosas fundaciones y reformas que hizo durante su reinado son buena prueba de su preocupación por el bienestar de su pueblo. El padre Corral nos lo refiere así: «Tantos establecimientos útiles para la negociación, el tráfico, y el comercio, que le deben su institución, y nuestro Reino por ella las mas considerables ventajas: La Agricultura fomentada, las Artes restablecidas y la Industria introducida por medio de las Sociedades, que le deben su principio: Tantos Edificios suntuosos y magníficos, construidos con todo el primor del Arte, tantos Puentes erigidos, tantos Montes allanados, tantos Caminos públicos...»

Rememora, finalmente, un suceso que tuvo que afectar profundamente al rey; posiblemente uno de los más dolorosos de su reinado: la sublevación popular. Como con la mayoría de los sucesos evocados, tampoco aquí nos da nombres de personas, de lugares, ni fechas. Lo que sí nos dice es que el rey con su familia salió del Palacio y regresó una vez normalizada la situación. Por ello suponemos que hace referencia al motín de Esquilache, cuando el rey abandona la Corte y marcha a Aranjuez. Las varias consideraciones que dedica a estos sucesos son relativamente amplias y su finalidad primordial es poner de relieve la bondad del monarca, que tras estas dolorosas circunstancias se vio precisado a administrar justicia contra su naturaleza bondadosa.

Repite en esta primera parte los recursos que apuntaban en el exordio y que ya hemos señalado. Insiste aún más en las referencias bíblicas: «no fue Carlos nuestro Simón Macabéo», «ni compró a su hermano mayor la primogenitura, como Jacob», «ni puso jamás su vista en alguna Bethsabé», «veo a nuestro Difunto Rey, salir, como otro David», etc. Maneja con habilidad la amplificación.

La segunda parte presenta una estructura muy similar a la anterior. Después de unas consideraciones generales sobre la rectitud, las particulariza sobre la del monarca en relación a la Iglesia, el Estado y la Milicia. Resume su planteamiento de esta forma: «Os diré, que —se refiere a la Iglesia— sin herirla jamás en sus inmunidades, reformó los desordenes exteriores, que deshonoraban su disciplina, vilipendiaban el culto puro del Señor, y hacían sus Ministros poco ó nada respetables? Que sin pretender, como Ozias, manejar el incensario, sin usurpar, digo su derecho al Sacerdocio, estableció las leyes mas saludables, para promover solo las de Dios y de su Iglesia, de quien se consideraba el Hijo más humilde, y el Protector encargado del honor de su Madre tierna?».

Con un estilo culto, sigue valiéndose de los mismos recursos anotados anteriormente. El vocabulario es muy abundante. Incrusta frases en latín, que por el contexto o el comentario que va exponiendo tenían que ser comprendidas por el auditorio, a quien sigue teniendo presente: «amados míos», «mis oyentes», «amados oyentes míos», etc.

La actitud recta frente al Estado es el segundo punto desarrollado. Ve aquí al rey como un padre y legislador, que ha llevado a cabo la reforma de los Tribunales «sobre aumento de ellos, y sobre las qualidades, que han de tener desde ahora».

El último punto revela la rectitud del monarca hacia la Milicia: «él arregla Ordenanzas solidas, fixas, claras, llenas de piedad, y de rectitud» y «fundó Colegios, construyó Arsenales, y la Nautica, y la Artillería adquirieron le esplendor, que no tuvieron jamás».

La estructura de las dos primeras partes se repite en la tercera. Tras una breve consideración del valor de la sinceridad y veracidad de un político, pasa a ejemplificar esta virtud en el rey, «a quien si su bondad le hacia amable á su pueblo, su rectitud el pueblo feliz, su sinceridad le conciliaba el respeto y la veneración de todos dentro y fuera de su Reyno». Los dos aspectos que va a glosar son el respeto y la confianza que le tenían su pueblo y los extranjeros amigos y enemigos. El pueblo creía en su palabra: «Sabían, que su Rey no era de aquellos, que se elevan sobre los pactos, quando se ven con poder para no ser compelidos á su cumplimiento. No era esta la idéa, que teniamos formada todos de él, que lo que una vez salía de sus labios, no quedaba sin efecto? Que su palabra sola era cosa sacrosanta, y una especie de juramento, á quien los mas altos intereses no podían contrarrestar». Y esta fama se extendía a otros países y «venían de todas las partes del Orbe á nuestra España, á valerse de la buena fé de su Rey y bolvian todos admirados, y satisfechos? La Francia, en otros tiempos émula de nuestras glorias, Nápoles, Parma»; «Las Naciones enemigas, qué de veces no le buscaron por árbitro en sus recíprocas disensiones?»; «Estados Unidos aun no bien acabados de organizár, que os movió, decid, á buscar por mediador á nuestro Monárca con el de Marruecos, en la disputa de aquellas embarcaciones apresadas por sus Corsarios?».

La articulación de esta tercera parte es un poco más compleja porque en ella incluye una serie de consideraciones que preparan el final del discurso. Se lamenta de la brevedad de las glorias mundanas y nos advierte que está llegando la hora del castigo y furor divino, pidiendo a Dios tenga piedad de nuestra desventurada Monarquía. Nuevamente encontramos, como en el exordio, una secuencia de lamentaciones para rematar con la mayor de todas

las padecidas: la muerte del rey. Hay, pues, una cierta simetría en la obra, con similitudes entre la parte inicial y la final. Los últimos momentos de la vida del protagonista están dibujados con gran dramatismo: «Todo es tragedia, confusión y horror quanto los ojos miran. La Monarquía, señora antes de las Naciones, conoce que vá á quedár viuda y desolada; y que sus desordenes causan su desolacion. Los Principes Augustos se enternecen entre tantos espectáculos dolorosos, que se vén obligados á presenciar: la Grandeza se asusta, el Pueblo llora, y todos levantan á los Cielos sus manos y sus clamores, pidiendo á Dios la salud de un Rey, amado de todos. Solo el mantiene la constancia, la fortaleza de ánimo, y una christiana designacion á la vista de su muerte». El orador, arrebatado por la pena de tan triste suceso, se enfrenta a la muerte, implacable y dura, pero con una visión cristiana; piensa que es dolorosa para los que se quedan en la Tierra y han perdido a un ser querido, pero para el que se muere «le hace un grande favor» ya que el alma del muerto pasará a disfrutar de la vida eterna.

Finalmente pide a Dios que bendiga al nuevo rey y a su familia y el eterno descanso para el gran monarca fallecido.

En resumen, se trata de un sermón de circunstancias o, más exactamente, de un panegírico dedicado al rey Carlos III, recién fallecido. El padre Andrés del Corral consigue realizar una pieza magníficamente estructurada, no sólo en su forma externa sino también en el desarrollo conceptual, fruto, sin duda, de una profunda y meditada elaboración. Su estilo es culto, abundante en recursos estilísticos, que en ningún momento cae en las extravagancias barrocas, de oscura comprensión, que tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XVIII<sup>5</sup>. La exposición refleja la erudición del autor, versado en los textos sagrados, a los que acude continuamente para matizar las cualidades del rey, así como denota un perfecto conocimiento del momento histórico de nuestro país.

---

<sup>5</sup> *Ibíd.* ob. cit., pp. 18-19.